

COSAS DONOSTIARRAS

LA BIBLIOTECA MUNICIPAL

— DE —

SAN SEBASTIAN

Gizon donostiarrak
Izandu du grña
Izatekoa beti
Lanerako
Guztiz oso diña

EN mi escrito del mes de Julio último, que tuve el honor de dirigir al Ayuntamiento de San Sebastián, prometí que en breve presentaría algunas cuartillas dedicadas á la fundación de la Biblioteca Municipal de esta Ciudad y al desenvolvimiento que en los años que existe ha experimentado.

He procurado, antes de tomar la pluma, estudiar los más distinguidos autores que de asuntos relativos á Bibliotecas se han ocupado y cuyos trabajos han sido favorablemente acogidos por todo el personal del ramo y por cuantos se dedican con entusiasmo á la cuestión de libros.

En el día ocurre que, algunos que hablan y escriben de todo, de lo que hay y de lo que no hay, se ocupan también con ligereza de las *Bibliotecas*, resultando que los renglones que hacen leer aquellas superficialidades, crean en general un medio ambiente, en el cual no es posible alcanzar la apreciación de estos depósitos de libros que, como el de nuestra Ciudad, se hacen notar por su colocación cuidadosa y por su escrupulosa catalogación.

Y esos escritores no sé si me disgustan

«ó si me hacen reir».

Si me expreso en estos términos, es porque hace mucho tiempo, muchos años, que estoy, cuerpo y alma, en esta oficina de libros, y jamás me atrevería á juzgar la delicadeza y la grandeza que me inspira la asistencia al sagrado recinto de la Biblioteca, de sus ilustrados concurrentes.

Lo dije en otra ocasión; las Bibliotecas no deben juzgarse, ni por el gentío que penetra, ni por los libros amontonados en sus anaqueles, en una palabra: un armario bien surtido, completa la necesidad de una Biblioteca.

Todos reconocen la utilidad de las Bibliotecas.

El hombre estudioso, puede decir que saca de ellas inmensos recursos.

Dice con gran acierto un escritor moderno: «puede examinarse del estado de la civilización de un pueblo, menos por la extensión y magnificencia, que por el número de sus Bibliotecas públicas.

Efectivamente, ¿qué es lo que puede civilizar tanto como la lectura? ¿qué ratos podrá emplear un hombre mejor, que los que pasa alimentando el espíritu con el sabroso manjar de la sabiduría?

No hay libro, por falta de mérito que sea, en que no pueda aprenderse alguna cosa útil.

En todas las lenguas se ha escrito en abundancia acerca de las Bibliotecas.

Las Bibliotecas han existido desde los tiempos más antiguos; en todas las naciones se consideran con admiración, y todo el respeto que inspiran estos depósitos del saber humano, es digno de alabanza.

La población que esté dotada de su Biblioteca correspondiente, acusa una señal evidente que aquella vecindad está administrada por Corporaciones que sostienen ideales elevados y, por ende, esa villa ó esa ciudad, ó lo que fuere, es un lugar ilustrado.

En España existen Bibliotecas de mucha importancia, no sólo por el número de obras que encierran, sino más aún por el valor inapreciable de muchas de ellas.

Una Biblioteca no se improvisa.

Las Bibliotecas se crean paso á paso, con cierta meditación, que

permita aquello que consignó un erudito moderno; el progreso de una Biblioteca debe estar compuesto en este sentido: «entre dos libros de ayer, uno de hoy»; así, en esta forma, todas las secciones de que se compone.

Bajo este punto de vista se va ampliando la Biblioteca de San Sebastián, Biblioteca toda ella de la exclusiva propiedad del excelentísimo Ayuntamiento donostiarra.

*
* *

Voy á consignar, con satisfacción plena, que la Biblioteca Municipal de San Sebastián, cuenta en la actualidad con una existencia de 7.000 volúmenes próximamente, y esto significa una joya verdadera que engalana ricamente al ideal donostiarra.

La felicidad del hombre, no está en los *bolsillos del chaleco*, sino en la luz de la inteligencia.

El *hombre adinerado* no es nunca rico, nada de eso; recordemos lo que nos dice Jesucristo: «no solamente de pan vive el hombre»...

.....
.....

En fin: sigamos con los apuntes de nuestra Biblioteca.

Los que cultivamos esta clase de estudios (el de Bibliotecas), ante todo, debemos mirar con cariño, con verdadero mimo, esos armarios de que se componen nuestras oficinas; además, también debemos consignar determinadas impresiones que con frecuencia nos producen las colecciones de libros durante las horas de catalogación.

El Ayuntamiento de San Sebastián abrió al público las puertas de este necesario Centro y desde entonces, el Concejo Municipal se honra grandemente, pues con la existencia de la Biblioteca, se reportan á la aplicación verdaderos bienes, y de día en día, han de verse aumentadas, á no dudarlo, como sabemos todos, las ventajas que en todos los países cultos obtienen de esta clase de Establecimientos.

*
* *

En estas páginas voy á aprovechar la oportunidad para mentar la memoria de un insigne español, a quien, a mediados del siglo pasado, se le ocurrió fundar en esta capital una Biblioteca pública.

D. Sebastián de Miñano, ilustre vecino de San Sebastián, es de quien tratamos.

Fundó en esta ciudad el primer periódico donostiarra.

No nació Miñano en San Sebastián, sino en la provincia de Palencia; pero tal encanto sintió por Guipúzcoa, y sobre todo, por esta capital, que por mi parte, había de extender con estas líneas, no por fórmula y sí con sobrado motivo y entusiasmo á la vez, el diploma de hijo adoptivo de Donostiya.

La ciudad de San Sebastián debe, á la memoria de D. Sebastián de Miñano, algo más que un mero recuerdo, pero ni eso ha merecido de este vecindario; nuestra ingratitud ha llegado á más, como veremos al final de estas líneas.

Fué nuestro ilustre personaje, una figura distinguida en sus días.

Cursó con singular aprovechamiento en el Seminario de Palencia, las asignaturas de la carrera eclesiástica.

Pasó á Salamanca á estudiar su segunda carrera, alcanzando el doctorado de Derecho, cuyos ejercicios llamaron la atención del Claustro y de todos sus compañeros.

A la vez que estudiaba leyes, era también alumno de la Escuela de Medicina, sin que nadie de su familia se enterara de ello, y al mismo tiempo que se hacía abogado, terminaba también, con todo lucimiento, su tercera carrera; así es que, joven aún, D. Sebastián, en una sola persona, era el canónigo Miñano, el abogado Miñano y el médico Miñano.

La Real Academia, que entonces hilaba muy delgado, incluyó en el catálogo de Autoridades Españolas, el nombre que recuerdo en esta Memoria.

La casa Borbón dispensó á Miñano generosa acogida, afecto que jamás olvidó él agradecerlo.

En Sevilla conoció á Ceán Bermúdez, á Isidoro, á Morales, á Blanco, á Lista, etc., etc., y figuró siempre en España entre los primeros cultivadores de las Ciencias y de las Letras.

En Madrid fué encarcelado por los franceses, creyéndosele autor de una proclama contra Napoleón.

Paso por alto gran parte de lo mucho que se puede decir acerca de nuestro personaje, porque saldría del objeto.

En 1816 renuncia á su prebenda; tan inesperada dimisión, al principio, no quiso ser admitida por la Superioridad, pero en virtud de la

insistencia de Miñano, no hubo más remedio que acceder á sus deseos, «pero que cuando gustase podía volver á disfrutar el canónigo Miñano, puesto que voluntariamente dejaba»; así consta en el documento que recibió el interesado acerca de su renuncia.

Miñano, entonces se dedicó con cuerpo y alma á las Letras, á las Ciencias físicas y Médicoquirúrgicas.

Entre otros muchos trabajos son obras de nuestro ilustre vecino: «Las cartas del pobrecito holgazán» (estas cartas agradaron en tales términos, en aquellas circunstancias, que se hizo una tirada de más de 60.000 ejemplares).—«Discursos sobre la libertad de imprenta».— «*El Censor*» periódico redactado en unión de Lista y Hermosilla.—«La versión de la Historia de las revoluciones de la Medicina», de Cadanis.—«El Diccionario geográfico de España y Portugal».—«La revolución francesa», de Thiers, con extensas notas y estudios del mismo Miñano. (La edición de esta obra es el trabajo más importante de las imprentas donostiaras. Fué impresa en la casa Baroja, y la obra consta de doce tomos en 4.^o).

Antes de apuntar lo de la Biblioteca Pública Municipal, he deseado presentar á la generación actual el valer de tan distinguida figura.

El año 1844, quiso Miñano establecer en San Sebastián una Biblioteca Pública Municipal, sirviendo de base su escogida y numerosa colección de libros; con este objeto, el Ayuntamiento debía designar local á propósito y Miñano se encargaba de formar el Reglamento y catalogación para organizar la Biblioteca, colocando convenientemente los libros y adoptando medidas para las mejoras ulteriores del Establecimiento.

¡Ah!, sensible fué que la muerte de este insigne español hiciera fracasar un proyecto, cuya realización era entonces uno de los pensamientos dominantes en los hombres que ejercieron diversa, influencia en la acción pública donostiarra.

A su gran amigo, el benemérito hijo de esta Ciudad, ilustrado abogado y activo Secretario del Ayuntamiento de San Sebastián, D. Lorenzo de Alzate, le hizo presente que iba á dotar á esta localidad de varias mejoras y que fundaría una Biblioteca.

Por los días en que estaba en obra la demolición del Camposanto de San Martín, acudió mucha gente á curiosar el derribo del Cementerio.

Donde iban los grandes, seguíamos los chicos.

Allí, de salto en salto, me detuve ante un panteón desprendido de su lugar, en cuya plancha de pizarra, perteneciente al enterramiento que nos ocupa, yacía entre la hierba hecho mil pedazos.

En vista de aquel estado, me entretuve buen rato, como quien compone un rompecabezas, uniendo fragmentos, poniendo y sacando, hasta que al fin triunfé en mi empeño, consiguiendo completar esta leyenda funeraria:

«AQUÍ YACE D. SEBASTIÁN DE MIÑANO, CABALLERO DE LA ORDEN DE CARLOS III Y DE LA LEGIÓN DE HONOR, INDIVIDUO DE LA ACADEMIA DE LA HISTORIA, ESCRITOR LABORIOSO Y CÉLEBRE POR LA GRACIA DE ESTILO, ASÍ EN LAS COMPOSICIONES SERIAS COMO EN LAS FESTIVAS, MODELO DE AMISTAD, TERNURA Y BENEFICENCIA. FALLECIÓ EN 6 DE FEBRERO DE 1845. Á LOS 67 AÑOS DE SU EDAD, DEJANDO Á SU FAMILIA Y Á SUS NUMEROSOS AMIGOS EN EL LLANTO Y LA DESOLACIÓN.—
R. I. P. A.»

Miñano murió en Bayona, pero cumpliendo su última voluntad, el cadáver fué trasladado á San Sebastián, y, ahí, en San Martín, tuvo decoroso enterramiento.

El año 1879, el Cementerio de San Martín desapareció; no ha quedado huella en el solar que indique nada del pasado.

Recordamos perfectamente que el sepulcro de Miñano estaba situado en la dirección del Noroeste.

Los despojos de Miñano estuvieron durante bastantes años en una desvencijada caja y bajo abandonada tejavana en un rincón de Polloe.

San Sebastián, la Ciudad del año 1880, relegó al olvido el sagrado depósito, y ya hace tiempo que los restos del ilustre escritor fueron arrojados al osario general!!

Allí descansa, en unión de generaciones donostiarra, á quienes tanto amó, en estrecho y eterno abrazo.

¡Miñano! la Biblioteca Pública Municipal de San Sebastián, conservará tu grata memoria, y ha colocado en uno de los testers de este Centro tu retrato, para que así la concurrencia ilustrada que asiste á

este local de tu iniciativa, te tribute una frase de admiración y de respeto.

*
* *

Puede decirse que la Biblioteca Pública de esta Ciudad, por los años de 1874, se inauguró definitivamente.

El local de que se componía la Sala de lectura, fué cubriéndose con los libros del Santuario de Loyola, Biblioteca de los PP. Jesuitas, que se hallaban depositados en esta localidad, con motivo de órdenes del Estado, conforme el proceder de la política de aquellos días.

Además de los libros de dicha procedencia, esta Biblioteca Municipal recibió como donativos buen número de obras selectas, que creo justísimo que consten en este escrito los nombres de los ilustrados donantes:

D. Eduardo Echeverría.—D. José María Eguren.—D. Fernando de Brunet.—D. Pedro N. de Sagredo.—D. Marcos de Latasa.—Señor Marqués de Roca-Verde.—D. José Mercero.—Señoritas de Erauso.—D. Miguel Ostolaza.—D. Eugenio García y Barbarin.—Señor Conde de Llobregat.—D. Guillermo Laá.—D. A Peña y Goñi.—D. Félix Aguirre.

Y algunos más en este primer período.

Allá, al fin del año 1875, con motivo de la restauración de los Borbones, se decretó la devolución al Santuario de Loyola, de los libros que se cuidaban en esta Biblioteca Pública Municipal.

Pues bien: la orden fué debidamente cumplida; D. José López Aizpuru, mi padre (q. e. p. d.), Director de esta Biblioteca en aquel entonces, es quien catalogó escrupulosamente la colección de libros de los PP. Jesuitas, que yacían en este local y, colocados con sumo cuidado en cajas preparadas con esmero, la Biblioteca del Santuario de Azpeitia fué entregada con toda exactitud.

Mi padre, por aquel trabajo fué felicitado.

Desde aquel momento, en vista del estado en que quedó la Biblioteca, á consecuencia de la entrega á los Jesuitas, hubo de arreglarse de nuevo y, mi padre, manos a la obra, hizo un segundo catálogo, de cuyo trabajo conservo dulces recuerdos, pues yo, chico entonces, ayudé conforme á mis fuerzas al autor de mis días, impulsado por el inmenso amor filial.

*
* *

Recordemos algo de los primeros tiempos de esta Biblioteca y de la asistencia de aquellos días.

Muchos de los lectores se componían de los emigrantes de la guerra civil, y á consecuencia de aquella nueva vecindad, aumentó considerablemente la población de esta Capital.

F. LÓPEZ ALÉN.

(Se concluirá.)



COSAS DONOSTIARRAS

LA BIBLIOTECA MUNICIPAL

— DE —

SAN SEBASTIAN

(CONCLUSIÓN)

Veamos lo que nos acusa la memoria en estos momentos. En aquellos días se presentaba el salón de esta Biblioteca con aspecto animado.

Los nombres de muchos de los lectores, han pasado al olvido, pero todavía le vemos á aquel sacerdote simpático, constante lector, cuya personalidad conservo con toda exactitud; era andaluz, con toda la gracia de su tierra nativa; sentía verdadera pasión por las obras de Balmes: los Jamar, Joaquín y Benito, vecinos de los más ilustrados de esta capital, puede decirse que no faltaban un día á este Centro: don José Zala, lector de todo aprecio, por cuyas manos pasaban las obras clásicas bascongadas de Iztueta y de Lardizábal, etc., etc.; y en este Centro tuvimos el honor de conocer á personas tan distinguidas é ilustradas como Zuricalday, á un Delmas, á un Loredó, á un Santo Domingo, á Pedro de Egaña, á Sagarmínaga, á Antonio de Trueba, á Gaspar Núñez de Arce, á Becerro de Bengoa, a Sotero de Mantelí, á Moran, á Mañé y Flaquer, á Oloriz, á Villabaso...; y, aquí, en este Salón de lectura, conocimos cierta tarde de Agosto á determinado personaje que estamos en el deber de presentarlo entre estos párrafos.

Este era un hombre de edad, un hombre cansado según su físico; aquel sujeto, vestía levita gris bastante raída, sombrero ancho, y por la

parte de la nuca le caían rizos blancos; la entonación del rostro era sonrosado; barba muy abundante, blanquísima; de hombros bastante caídos se apoyaba en un bastón y su conjunto en general despertaba interés y simpatía.

Este característico personaje iba pasando con su vista los estantes de la Biblioteca; se fija en los lomos de los libros y va leyendo con toda precisión los títulos de las obras francesas, italianas y latinas, etc.

Después de haber tropezado con libros bascos, este respetable individuo abrió una de estas obras y lo primero que vió en aquel volumen le produjo cierta sensación, que llamó la atención de los lectores que se hallaban en el local.

El protagonista de este asunto, á los pocos minutos, dijo dirigiéndose á la Sala: «Señores, son cosas que hice cuando joven», y seguidamente se sentó, llevando la mano á la frente, terminando de declamar á media voz:

.....
 Adoratzen zaitugu
 Arbola santuba
!

Aquel anciano, aquella figura interesante, era D. José M. de Iparaguirre, el cantor del «Gernikako Arbola».

Pero oiga V.—se me interrogará—V. tan joven en aquel entonces, ¿cómo sabe estas noticias? Y yo contestaré: señores, supe todo esto de mi padre.

*
 * *

La Biblioteca se enriqueció con el legado de D. Francisco de Aizquiébel.

Debido á los trabajos de D. José de Manterola y Beldarrain, se consiguió que los libros pertenecientes á Aizquiébel, ingresaran en esta Biblioteca Municipal, que es donde se hallaban. Manterola dió brillante impulso á la Biblioteca, y además, con las obras que el Instituto depositó en este Centro, la Biblioteca Municipal alcanzó notable incremento, lo cual fué celebrado por los lectores de aquel período.

Manterola trabajó mucho y bien, y sus especiales conocimientos en bibliografía, fué garantía segura de acierto y buen éxito.

La gestión de Manterola en la Biblioteca, fué aplaudida por cuantos visitaban este Centro.

Ahora, poniéndonos en la oportunidad, voy á presentar á mi inolvidable antecesor en esta Biblioteca Municipal.

La incansable actividad de Manterola, su clara inteligencia y nada vulgar talento, unidos á un amor desinteresado, hicieron de él una figura distinguida del país basco.

Vivió trabajando; murió en la flor de su edad.

La memoria del joven donostiarra irá unida, lo mismo á las victorias que á las tribulaciones del idioma euskalduna, pues amó mucha á su país.

El primer trabajo literario é histórico suyo, es la *Guía de Guipúzcoa*, y por tanto, siendo aún muy joven.

Ya aquel libro escrito con corrección y galanura, no muy comunes en los adolescentes, y enriquecido con muy interesantes noticias, anunciaba un escritor notable y laborioso.

El bello ideal de Manterola fué la publicación del *Cancionero Basco*, que en su concepto debía contribuir al florecimiento de la literatura euskara.

Habíase dicho hasta por escritores de renombre, aunque poco conocedores del pueblo basco, que este país era refractario al sentimiento poético, y Manterola, que sabía cuán errada era esta opinión, deseaba desmentirla elocuentemente con la recolección y publicación de cantos populares, debidos á la musa popular, al arte del país euskalduna, de aquende y allende el Pirineo, que andaban dispersos, pudiérase decir, de memoria en memoria, pues la mayor parte de ellos no habían sido nunca reducidos á escritura.

Entre los años de 1877 al 80, dió á luz pública el *Cancionero Basco*, tesoro de manifestaciones del sentimiento y espíritus poéticos del solar bascongado hispano francés, y testimonio de los profundos conocimientos filológicos que poseía Manterola.

Fué director de *El Diario de San Sebastián* y fundador de la revista EUSKAL-ERRIA, en cuyas páginas figuran selectos trabajos, debidos á los literatos euskaros.

Publicó nueva edición de la obra de Irigoyen, «Colección alfabética de apellidos bascongados», enriqueciéndola con noticias y comentarios.

Manterola fué iniciador principal del «Consistorio de Juegos Florales euskaros» y su más importante elemento.

Catedrático del Instituto provincial y Director de esta Biblioteca, falleció el año 1884, cuando no contaba aún 35 años.

Todos los escritores del país dedicaron á la memoria del insigne bascófilo un álbum autotipográfico con sentidos trabajos cronológicos, intitulado «Donostian Manterola-ri».

En tiempos de Manterola, siendo alcalde de esta ciudad D. José A. Tutón, con motivo de dar mayor desarrollo á la Biblioteca, se pasó una circular al vecindario ilustrado con objeto de que nuevamente cedieran donativos de libros que vinieran á aumentar las proporciones de la Biblioteca.

El Ayuntamiento de esta Ciudad adquirió en París y en Madrid diferentes obras con destino á la misma, con lo que quedaron cumplidamente satisfechas por entonces las necesidades del vecindario amante de los libros.

La Biblioteca entró en un nuevo período.

*
* * *

Más tarde, D. Ricardo Baroja fué nombrado Director de esta Biblioteca, persona de ilustración, abogado, y fundador y director del periódico local *El Urumea*.

Baroja falleció al poco tiempo y fué sustituido por D. Antonio Arzác y Alberdi.

*
* * *

La Biblioteca de Aizquibel, que, como hemos dicho antes, se conservaba en este local, fué pedida por la Excma. Diputación y devuelta á la Provincia por D. Antonio Arzác, conforme á los documentos extendidos, en donde se consigna el legado que se menciona.

El bibliotecario Arzác, muy conocedor del libro, se hizo cargo de este Centro con verdadero entusiasmo.

Los volúmenes del Instituto provincial de Guipúzcoa, que se custodiaban en depósito en esta Biblioteca, cuando se terminaron las obras del nuevo edificio, fueron también devueltos con todo cuidado por Antonio Arzác.

Ya desde entonces la Biblioteca Municipal quedó sola, es decir, enteramente de la exclusiva propiedad del Excmo Ayuntamiento.

Entonces Arzác empezó con todo afán la confección del definitivo catálogo.

Se sabe perfectamente el trabajo costoso que se llevó á cabo acerca del índice de los libros.

El catálogo impreso de esta Biblioteca, el hermoso impulso que ha recibido este Centro y el número importante que acusa la asistencia de lectores, más las obras selectas que el Ayuntamiento adquiere con frecuencia, son señales consoladoras que acoge con toda distinción ese público ilustrado que honra con su presencia estos salones.

La acción de esta Biblioteca es constante en su afán de presentar en las páginas del catálogo colecciones de obras modernas, sobre todo pertenecientes á las secciones de ciencias físicas y exactas, ciencias químicas, etc., etc.

Fué el día 10 de Octubre de 1904: aquella tarde Arzác y el que traza estas líneas, trabajaron como siempre sobre asuntos de la Biblioteca; llegó la hora de cerrar la oficina y me despedí cariñosamente del Director de la Biblioteca con un apretón de manos y con el consabido «hasta mañana».

Aquella tarde observé que el inolvidable Arzác se hallaba muy desanimado.....

A la mañana siguiente, hacia las tres de la madrugada, el Director de esta Biblioteca, D. Antonio Arzác, dejó de existir á consecuencia de un colapso cardíaco, dejando en desconsuelo á los concurrentes de ese Centro, á todos los admiradores de sus trabajos literarios y á los lectores de la revista EUSKAL-ERRIA.

Arzác fué amantísimo de su pueblo, caballero en toda la extensión de la frase, y su nombre, entre los euskaldunas, se pronuncia con todo respeto.

Apuntemos este recuerdo:

Visitaba la Biblioteca Municipal, cierto día de Agosto, el entonces Ministro de Fomento D. José Canalejas.

Después de haber examinado con detenimiento el catálogo, las estanterías, etc., el Ministro preguntó al bibliotecario, que lo era el señor Arzác, por un libro que, viejo y cuidado con verdadera distinción, aparecía en lugar preferente.

Señor Ministro—contestó Arzác—, ese libro viejo, pero sagrado, es el libro de este país: son los Fueros Bascongados

Ahora se puede ver en el expediente de esta Biblioteca, toda clase de detalles; el movimiento general que se observa, el número de lectores que asisten durante las distintas estaciones del año, la cantidad que se invierte en la compra de libros y demás curiosidades que importan á este Centro y que con todo esmero constan en los correspondientes documentos depositados en el Archivo municipal.

No he de pasar sin mentar esta nota que enaltece á la Biblioteca: el bello sexo brinda con su presencia las horas de lectura.

Lo mismo señoras extranjeras como españolas, inscriben con sumo agrado sus nombres en la lista que forma la concurrencia.

En estos últimos años fué honrado este modesto Centro por distintas personalidades ilustres.

Esta Biblioteca sirvió libros á D. Antonio Cánovas del Castillo; recuerdo con toda exactitud que una de las obras que fué examinada era el notable atlas alemán titulado «Stielers Hand-Atlas».

Varios veranos se sirvió de los libros de esta Biblioteca Municipal el eminente D. Emilio Castelar, y entre las diferentes obras que pasaron por sus manos leyó con empeño á Severo Catalina.

El Ministro Sr. Navarro Rodrigo se halló en esta Biblioteca y con él tuvimos el honor de hablar sobre libros y de historia del país basco.

D. Alberto Bosch y Fustigueras, Ministro que fué de Fomento, uno de los lectores más constantes de esta Biblioteca. Venía á veranear todos los años á San Sebastián y apenas faltaba un día a la Biblioteca.

Aquí siempre estudió obras de matemáticas.

El ilustre historiador y escritor militar, el General Arceche, sentía especial afecto hacia esta Biblioteca.

En la época estival su presencia en esta Sala de lectura era casi diaria.

He de consignar con todo respeto mi sincero agradecimiento hacia el General caballeroso, y la memoria del Cronista de la guerra de la Independencia, guardaré conforme me inspira tan grato recuerdo.

Una mañana en la Biblioteca, le dirigí la palabra en estos términos:

—Mi General, todos sabemos que posee V. la biblioteca más completa acerca de la guerra de Napoleón en España.

—Tengo bastante, tocante al asunto—me contestó.

—Pues creo, mi General, que no tiene ni conoce una obra que se guarda en esta Biblioteca y que trata de la guerra de Napoleón I.

—¿Será cierto? Tenga la bondad de enseñármela al momento.

Bajé el libro sin pérdida de minuto y se lo mostré al General.

El libro es de dimensiones de folio mayor, está en inglés y en francés, ilustrado con dibujos de todo valor artístico.

El General vió la obra con interés y terminó con estas palabras:

—Efectivamente, el libro no lo conocía; la Biblioteca Municipal posee una joya en esta existencia.

La obra de referencia es la siguiente: «Esquisse du pays, du caractère et du costume en Portugal et en Espagne, prises pendant la campagne et durant la marche de l'armée anglaise, en 1808 et en 1809.—Rev. Guillaume Bradford A. B.»

*
* *

Veinticinco años hace que con el mismo entusiasmo que en los primeros días presto mis modestos servicios en la Biblioteca Municipal.

Puede decirse, valiéndome de la metáfora, que nací entre libros.

Repetidas veces han pasado por mis manos los miles de volúmenes que contienen estas salas.

El público ilustrado que asiste a este Centro, me distingue y me considera, circunstancia que agradezco en extremo y que consigno gustoso.

Al final de estas cuartillas se me ha de permitir que diga dos palabras acerca de mi persona, esperando me sea dispensada esta pequeña debilidad, pues así lo exige la intención de esta memoria.

El trabajo de esta Biblioteca es labor que á mí no me toca decir nada en este escrito.

Estos últimos tiempos el catálogo de la Biblioteca he aumentado con cinco apéndices, en los cuales se registran obras modernas.

Pues bien, no dudo que ha de ser del agrado de los donostiarros el que cierre estos apuntes con los títulos de algunos de mis modestos trabajos históricoartísticos:

MARINOS DE GUIPÚZCOA.—EL DERRIBO DE LAS MURALLAS.—ANTONIO DE OQUENDO.—ICONOGRAFÍA DE GUIPÚZCOA.—EL CALÍGRAFO BESNÉ.—LA PLAZA DE LA CONSTITUCIÓN.—LA CASA CONSISTORIAL.—LAS IGLESIAS ANTIGUAS DE SAN SEBASTIÁN.—EL PINTOR BRUGADA.—INAUGURACIÓN DEL FERROCARRIL DEL NORTE.—SAN SEBASTIÁN ANTES DEL INCENDIO.—LA FOTOGRAFÍA EN SAN SEBASTIÁN DESDE 1865.—EL MEMORABLE CUERPO DE CHAPELGORRIS.—31 DE AGOSTO DE 1813.—GUIPÚZCOA.—

SEMBLANZAS DE GUIPUZCOANOS ILUSTRES.—ZUBIETA.—EL MONTE URGULL Y EL CASTILLO.—MONOGRAFÍA DE LOS PUENTES DE ESTA CAPITAL.—FELIPE IV EN SAN SEBASTIÁN.—EPISODIOS DE SAN SEBASTIÁN. —LA PINTURA EN GUIPÚZCOA.—LOS PINTORES GUIPUZCOANOS.—EL PINTOR BALTASAR DE ÉCHAVE Y SU PERSONALIDAD ARTÍSTICA EN MÉXICO.—LOS MONTES DE GUIPÚZCOA.—FERNANDO VII.—SAN SEBASTIÁN EN EL SIGLO XVII.—ESTAMPAS Y PLANOS ANTIGUOS DE SAN SEBASTIÁN.—LOS CEMENTERIOS DE SAN SEBASTIÁN.—LOS ASTILLEROS DONOSTIARRAS.—EL TENOR GAYARRE EN SAN SEBASTIAN.—IMAGINERÍA DONOSTIARRA.—EL ESCULTOR ARIZMENDI.—LOS TEATROS DE SAN SEBASTIÁN.—ALTABIZKAR.—ARQUITECTURA DONOSTIARRA.—ESTATUARIA DE GUIPÚZCOA.—LOS TAPICES EXISTENTES EN SAN SEBASTIÁN.—CASA AIZPÚRUA.—SANTA CATALINA.—LA BRECHA.—EL PUENTE DE ANDOAIN.—INDUMENTARIA GUIPUZCOANA.—ULÍA.—PROYECTO DE UN GRAN FESTIVAL HISTÓRICO DONOSTIARRA.—SAN BARTOLOMÉ.—MONOGRAFÍA DEL CONVENTO DE SAN TELMO.—TRABAJOS ACERCA DEL BASCUENCE.—ESCRITORES BASCOS.—ORIAMENDI, ETC., ETC.

En fin, he terminado, he hecho lo que me propuse.

Nere erritar maiteari eskeintzen diotet oroitx au, eta atsegin izango det donostiarraren gogokoa izatea ostoa abetan ipiñi ditutan itzak.

F. LÓPEZ ALÉN.

